

CUARTO DOMINGO DE NOVIEMBRE DE 1934

HOJA DOMINICAL

NUM.
962

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS
DE COSTA RICA

AÑO
XX

SANTORAL

Dom.	25	27.º después de Pentecostés. Santa Catalina y Jocunda, vgs. y mrs.	Miérc.	28	Santos Rufo, Papiano y Man- suelo, mrs. Cuarto menguante, a las 23.39 hs.
Lun.	26	Santos Leonardo de Puerto Mauricio, Silvestre, abad; y Marcelo, pbro.	Juev.	29	Santos Saturnino, Filomeno, Blas y Demetrio, mrs.
Mart.	27	Santos Máximo, Facundo y Primitivo, mrs.	Viern.	30	San Andrés, apóstol; Justina y Maura, vgs.
			Sáb.	1	Santos Próculo y Evasio, mrs.; Ursicino y Ananías, obs.

Domingo XXVII después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo.—(Cap. XXIV).

En aquel tiempo: Dijo Jesús a sus discípulos: Cuando vié-
reis que está establecida en el lugar santo la abominación de-
soladora que predijo el profeta Daniel (quien lea esto, note bien):
en aquel trance los que moran en Judea huyan a los montes;
y el que está en el terrado no baje a sacar cosa de su casa;
y el que se halle en el campo no vuelva a coger su túnica.
Pero ¡ay de las que están en cinta o criando! Rogad, pues, a
Dios que vuestra huída, no sea en invierno, o en sábado, por-
que será tan terrible tribulación entonces, que no la hubo se-
mejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá
jamás. Y a no acortarse aquellos días, ninguno se salvaría; mas
abreviarse han por amor de los escogidos. En aquel tiempo,
si alguno os dice: El Cristo o Mesías está aquí o allí, no le
creáis. Porque aparecerán falsos Cristos y falsos profetas, y
harán alarde de grandes maravillas y prodigios; por manera
que, aún los escogidos, si posible fuera, caerían en error. Ya
véis que os lo he predicho. Así, aunque os digan: He aquí el
Mesías que está en el desierto, no vayáis allá; o bien si os di-
cen: Mirad que está en la parte más interior de la casa, no lo
creáis. Porque como el relámpago sale del oriente y se deja
ver en un instante hasta el occidente, así será el advenimiento
del Hijo del Hombre. Y donde quiera que se hallare el cuerpo,
allí se juntarán las águilas. Pero luego, después de la tribula-
ción de aquellos días, el sol se obscurecerá, la luna no alum-
brará, y las estrellas caerán del cielo, y las Virtudes o los An-
geles del cielo temblarán. Entonces aparecerá en el Cielo la

señal del Hijo del Hombre sobre las nubes resplandecientes del cielo con gran poder y majestad, el cual enviará sus ángeles, que a voz de trompeta sonora congregarán a sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro. Tomad esta comparación, sacada del árbol de la higuera: Cuando sus ramas están ya tiernas, y brotan las hojas, conocéis que el verano está cerca. Pues así también, cuando vosotros viéreis estas cosas, tened por cierto que ya el Hijo del Hombre está para llegar; que ya está a la puerta. Lo que os aseguro es, que no se acabará esta generación hasta que no se cumpla todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán.

EXPLICACION LITERAL

Con este domingo concluye el ciclo de festividades litúrgicas en las cuales se nos ofrece la vida de Jesucristo como un ejemplar viviente de enseñanzas divinas, ordenadoras de nuestra vida cristiana. Antes de iniciarnos de nuevo en el Adviento como preparación a celebrar la primera venida del Redentor, la Iglesia ofrece a nuestra consideración en el evangelio de hoy, la lúgubre profecía anunciadora de la catástrofe nacional del pueblo judío, y de su desahucio, por traición al destino providencial de una raza de cuya sangre nacería el Redentor. Y como el pueblo cristiano heredero de las promesas de los hijos de Abraham vería también un día las sanciones tremendas de los prevaricadores obstinados en no aprovechar la Redención, el divino Maestro une las dos profecías con el principio del reinado suyo en la tierra y en el cielo para infundir confianza a sus verdaderos discípulos, que, antes de concluir aquella generación, verían derribarse Jerusalén; y a los discípulos de las postreras generaciones cristianas que asistieran a la catástrofe final de la tierra. «Véis todas esas magníficas construcciones, había dicho a los apóstoles entusiasmados por la grandeza de la ciudad santa y la magnificencia de su templo, pues llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra.» Y el día aquel llegó. El pueblo hebreo, engañado por sus príncipes y sacerdotes, pidió y obtuvo la muerte

de su Mesías, del aclamado Profeta, del que había adoctrinado a los pobres, sanado a los enfermos y resucitado a los muertos. Cuando la presencia del intruso idumeo en el trono de David se les hizo ya insostenible buscaban al que había de venir a libertarlos, precisamente en aquel momento histórico profetizado claramente: se lanzaron a proclamar Mesías a todos los patriotas que secundaban sus planes de revuelta y encendióse la guerra civil; durante diez años los campos de Galilea y Judea vieron luchas fratricidas, relatadas puntualmente por Josefo, historiador judío contemporáneo; los próconsules romanos intervenían a cada paso haciendo mortandad en los más exaltados, hasta que el emperador Vespasiano resolvió acabar con aquel estado anárquico, reduciendo a provincia romana la Palestina y dando la orden del cerco y del asalto y del exterminio: cumpliendo sin saberlo el anatema de Jesucristo: no quedó de la ciudad ni del templo piedra sobre piedra. Era el signo del principio del reinado del evangelio aventado por la persecución judía primero y luego por la dispersión general decretada por los vencedores, los cristianos llevaron por todas partes la palabra del Maestro tan fielmente cumplida y robustecida por el mismo previsto y anunciado desastre nacional; estaban preparados; su fe no desfalleció.

SILUETAS SEMANALES

EL CATOLICISMO SALVADOR

III

Oh! si el hombre impío pudiese prescindir de Dios y borrarlo de una pluma! Pero esa aberración no cae bajo su dominio. No pudiendo, pues, perpetrar tal desvarío, se declara furiosa y satánicamente su enemigo.

«Puesto que en no pocas regiones cobran fuerza los empeños nefastos de los «ateos militantes», que con temeraria osadía se alzan contra el cielo, tomando por divisa la frase suya blasfema: «Sin Dios y contra Dios»... Así se expresa el Papa Pío XI en el preámbulo de su carta al dirigirse al mundo entero con motivo del XIX Centenario de la Redención.

Odian su nombre y abominan de su culto. Cuando los impíos andan sueltos y han conseguido que triunfe la libertad, se desahogan en su furor y locura, persiguiendo a los católicos, martirizando y asesinando a los sacerdotes, como en la última revolución comunista-socialista de España, en Asturias y Cataluña, incendiando varias iglesias que contenían objetos de arte antiguo de inapreciable valor, profanando y echando a las llamas las imágenes de Jesucristo, de la Sma. Virgen y de sus santos. Es el paso destructor y asolador de los vándalos modernos a quienes estorba, por oprobio de la humanidad civilizada, todo cuanto tiene color de cultura y religión.

Ya se cuidan, frente a estos monumentos de la fe y del saber humano, sobre sus ruinas que ellos han podido amontonar, erigir sus centros y escuelas en donde con saña y descaro inauditos, atraen a sus adeptos y les infiltran el odio implacable a las clases acomodadas, enseñándoles que los deben perseguir y aborrecer como a parias y juntamente con estas lecciones marxistas que a la primera oportunidad cristalizan en sucesos los más atroces, reciben sus adeptos las dosis de aprendizaje de inmoralidad más animal.

Los niños y niñas de una escuela comunista de una población cercana a Barcelona, en Hospitalet, que tuvo que ser clausurada por la autoridad, se reunían en promiscuidad de sexos, se des-

nudaban enteramente de toda su ropa, y el maestro, que era sindicalista y discípulo aventajado de Marx, les enseñaba todos los días lecciones prácticas, por ejemplo, de aritmética, de cuántos ricos podían matarse con tantas pistolas conteniendo tantos tiros, o bien, a fabricar bombas explosivas con la combinación de tales elementos químicos, o cogiendo una imagen del Santo Cristo que tenía preparada, la presentaba ante sus pequeños alumnos al mismo tiempo que les dirigía preguntas blasfemas e impías, enseñándoles la respuesta blasfema que tenían que dar, en medio de chanzas y risotadas. El más descarado era el más alabado y premiado; una niña, al final, invitada por el infame maestro, se adelantaba y (¡horror inaudito!) se orinaba sobre la imagen. Así terminaban todos los días aquellas clases en la escuela comunista.

¿Quién puede salvar al mundo de tanta iniquidad y perversión? Solamente el Catolicismo.

Otro de los medios de que se vale, es mediante el honrar a Dios con el culto religioso. Enseña que no sólo de pan vive el hombre, que no solamente se debe preocupar de trabajar en los días de la semana, que esto solo, le embrutece y degrada, ya que no es una máquina productiva, sino que debe rendir culto externo e interno a Dios en el día festivo, santificándose y purificándose con este acto religioso.

El obrero, el hombre de carrera, el comerciante, el poseedor de fortuna, todos deben acercarse a Dios en el día de fiesta, para recibir las luces de la fe mediante la audición del Santo Evangelio, para poner un freno a sus pasiones con la práctica de una moral intachable, consiguiendo con estos medios que el espíritu se robustezca y se eleve, imperando sobre la materia que debe siempre estar sujeta y no querer rebelarse e imponerse, ni dominar.

¿Quién no comprende ante esta acción que el Catolicismo ha de ser el verdadero salvador, si los hombres se acogen a sus enseñanzas?

FR. CEFERINO DE GRANOLLERS

EL DESNUDO ARTISTICO

«El arte por el arte»

La materialización de la vida, entre sus varias consecuencias lógicas, produce en el individuo un desprecio por la reflexión y el análisis, una repugnancia por toda meditación seria y profunda; de ahí esa frivolidad de espíritu, esa holgazanería mental, la hinchazón estúpida del pragmatismo, el culto de las palabras.

Para autorizar la profusión de repugnantes desnudeces que con el nombre de «desnudo artístico» van invadiendo salones, calles y plazas, se lanza la frase: «El arte por el arte». Y ya está dicho todo. El hombre superficial, miope de entendimiento, ya no necesita saber más para defender y justificar a diestro y siniestro la pública exhibición del desnudo de arte. Se le objeta que la moralidad pública y el arte mismo tienen mucho que ver en tales audacias pictóricas o escultóricas, y por toda razonada contestación suelta la consigna: «el arte por el arte»; añadiendo, a lo más, alguna otra vaciedad, si no un chiste de mal gusto moral. Es indudable que muchos confunden el noble ejercicio de la mente con ciertos juegos de la «imaginación disfrazada de razón sintética», como diría Menéndez Pelayo.

El desnudo artístico, servido *profusamente* en telas y mármoles, obedece a una verdadera desviación del sentido estético y revela decadencia artística. Y que no se pretenda seducir a los incautos con la consabida cantinela de que los desnudos artísticos del sereno arte apolíneo de los griegos y de sus aplicados discípulos los romanos son obras realizadas cuando el apogeo de aquellas civilizaciones; pues esa observación acusaría ignorancia o mala fe. Tampoco viene al caso hablar de los desnudos de arte de la Roma cristiana, de Florencia, etc., etc.

Muy brevemente vamos a exponer o mejor a condensar la verdadera doctrina acerca de un asunto tan delicado.

De ética y de estética

La *belleza* no se distingue *realmente* del *bien*, pero sí *lógicamente* o según nuestro modo de concebir. El concepto de *bien* envuelve solamente, por parte del objeto, la relación con el apetito o sea la apetibilidad; el concepto de lo *bello* añade la relación a la facultad cognoscente. Lo bueno es lo que simplemente *complace*, lo bello es aquello cuya aprehensión *deleita*. Los sentidos más nobles, los más cognoscitivos, los que más sirven a la razón, cuales son la vista y el oído, son también los que más principalmente contemplan lo bello. La facultad primaria y fundamental cognoscitiva de la belleza sensible (de la cual nos ocupamos aquí) es el entendimiento, el cual, como facultades auxiliares, exige el concurso de la imaginación y de los sentidos externos más cognoscitivos.

La belleza sensible del desnudo artístico puede producir efectos diversos a los que la contemplan, según sea la obra en sí misma, o según el grado de cultura estética y de susceptibilidad sensual de los mismos. Si el artista en la creación de su obra ha observado escrupulosamente las leyes de la belleza que se condensan en la llamada *ley de la armonía*, la cual abraza no sólo la obra artística sino hasta el ser mismo del artista, entonces su producción estética será apta para producir el sereno placer de la contemplación y de la delectación psíquicas; pero si en el alma del artista predominan las facultades inferiores y por ellas se guía al producir su obra, ésta ha de despertar la exaltación pasional. Pero hasta el mismo desnudo de arte, *armónicamente* ejecutado, impresionará diversamente al que lo contemple según sean sus disposiciones personales de que hemos hablado. Añádense a todo ello los factores tiempo, lugar, ambiente, preparación ciudadana, antropomorfismo religioso y profano de una civilización, la visión humanista equi-

librada de una sociedad, etc., etc., como circunstancias influyentes en los efectos estéticos o sensuales que el desnudo artístico puede producir.

Creemos que con los razonamientos que acabamos de exponer, serenamente meditados y aplicados con verdadera lógica, podrían resolverse algunas cuestiones que han apasionado mucho los ánimos con discusiones lamentables.

Es indudable que, por encima del artista y de su obra, existe la ley moral y que a ésta es preciso someterse; así como no es menos cierto que nuestra sociedad debe observar los preceptos de la ética cristiana. Se ha dicho que la ciencia en sí misma, como la Física, la Química, la Astronomía, no son conformes ni opuestas a la moral y que lo mismo puede decirse del arte. Esta afirmación es inexacta en su primer extremo y falsa en el segundo. Por lo que al arte se refiere, ya que de ello nos ocupamos aquí, bastará que el avisado lector aplique al caso algunos de los conceptos que preceden para desvanecer el sofisma.

Por otra parte, el arte mismo, por su propia e intrínseca naturaleza, nos demuestra que tiene relaciones esenciales con la moral, por cuanto la sensación pecaminosa que inspira una obra artística determinada, neutraliza *en el acto*, el puro placer estético.

En resumen:

El desnudo de arte, como reproducción del tipo ideal de la belleza

del cuerpo humano, no debe exponerse públicamente a las miradas de la plebe, que, por su incultura, por sus gustos groseros y por sus apetitos concupiscentes, en lugar de experimentar el goce estético sentirá las vibraciones desordenadas de la carne. Debe ser cosa reservada solamente a los profesionales y a las personas cultas, de criterio levantado y disciplina moral; y aun en este último caso, con las restricciones que la prudencia aconseje.

Los Reverendísimos Metropolitanos de España, en el documento colectivo lanzado recientemente, dicen:

«Es obligación grave de los católicos el combatir y desarraigar la pornografía en el teatro, cine, cabarets, libros y novelas en cualesquiera manifestaciones impúdicas. En consecuencia, deberán abstenerse: de consentir, autorizar o aprobar la colocación de esculturas y monumentos, y menos en público, con desnudeces que son mengua de pueblos cristianos».

La Congregación del Santo Oficio, en su *Monitum* del 15 de Marzo de 1923, condena como escandaloso y perjudicial al pueblo cristiano que los escritores, aun los que son tenidos como buenos católicos, en diarios y revistas, aplaudan, elogien o aprueben libros, escritos, pinturas, esculturas u otras semejantes obras de ingenio y de arte, contrarias a la doctrina católica o al sentido cristiano.

C. S. P.

PENSAMIENTOS

—Del deber cumplido irradia una dulce y apacible alegría que cicatriza muy pronto las heridas del corazón.

—Los placeres, por la fuerza misteriosa de una justicia superior a los hombres, llevan en sí mismos el germen de todas las desgracias.—SELGAS.

—No empieces nunca la segunda parte sin haber acabado la primera, sin orden no hay medida, y sin medidas no hay conjunto armónico.

—La mentira va montada en ancas de la deuda. El dinero ha aniquilado más almas que cuerpos el hierro.

—El dolor levanta al caído, abate al fuerte, confunde al sabio, inspira al ignorante y espiritualiza al más grosero.—C. A.

SANTA CECILIA

Séame lícito repetir con un escritor de exquisitez literaria: «lo que yo sé, lo que yo digo, puede decirlo cualquiera, pero mi corazón es sólo mío»...

Se yerguen ante nuestra consideración tantas figuras de escasísimo relieve, que damos francamente con desprestigio de nuestra razón en la monotonía del pensamiento. Tal acometida a los fueros del espíritu, que debe siempre remontarse a las alturas, es un crimen. Si el cuerpo encallado en apretujada ciudad, pide en días de expansión, amplio vagar por los jardines y campiñas de las afueras, el espíritu de exigencias más finas, pugna por salir a regiones subidas, trascendentales.

Démosle hoy una excursión de bellos panoramas.

El cuadro se desenvuelve en un atardecer apacible; el sol, despidiéndose con gesto majestuoso, recoge en su disco de oro la ofrenda agradecida de la naturaleza que le canta. Una figura angelical, sintiendo todo el recogimiento de amoroso silencio, perdida en la amorosa visión que se abre entre ángeles de luz, absorbe en su pecho anheloso, melodías sublimes; sus manos delicadas al rozar levemente el instrumento se imanan y de esa unión brota una mezcla de divinos y humanos sonos que extasían. Es la ley de la unión produciendo el concierto cadencioso de lo bello.

¡Ah sí! Dios unido a la carne, hecho carne dá la dominante en el

concierto de los mundos; Cristo Eucarístico uniéndose a nosotros produce la sinfonía del amor; el alma juntándose al cuerpo substancialmente dirige el canto de la creación; su cuerpo virgen que ha alcanzado su máxima espiritualidad de un alma enamorada de lo divino, se consagra a Dios en desposorios místicos y brota el himno de Cecilia, cuyo nombre se trasparente como la limpidez de un cielo estrellado, se desgrana en cadencias como surtidor de melodías bellas, esparce su blanca cura como los lirios del campo.

Al canto de los órganos, Cecilia cantaba al Señor, diciendo: «Háganse, Señor, mi corazón y mi cuerpo immaculados, para que no sea confundida.» Esta antifona graciosa le ha hecho entrar en el arte, hasta quedar consagrada como patrona universal de la música. Esto indica cómo la unión se interpreta amor y el amor es cantor por naturaleza.

¡Qué simpático es ver en una doncella virgen, como Cecilia, estos tres factores trabados en uno: el amor que canta y el amor que une!

Su figura alcanzó todo lo inmateral, todo lo delicado, todo lo sutil del divino arte; por eso los amantes de la música no han dado con perfil más estético para simbolizarla...

No olvidemos que Cecilia consagró al Señor su virginidad y que abrazada a dos palmas triunfadoras, la de su integridad y la de su martirio, es para nosotros un reproche y un ejemplo. L. S.

CARTA DE UN CURA A UNO QUE NO QUIERE SER FANATICO

No es el primer caso que se me presenta; son muchos los que como tú, dicen que son católicos, pero que no quieren ser fanáticos.

Para ellos, como para ti, es fanatismo tener como primera preocupación de su vida la religión. «Yo no soy un fanático como esos que comulgan a cada momento, o creerían morir si faltaran a Misa al-

gún domingo.» Soy católico, pero repruebo el fanatismo de esas personas que en cuanto saben que alguien está enfermo de gravedad, enseguida van a llamar al sacerdote.

Desgraciadamente, no son pocos los que piensan, por su ignorancia religiosa, del mismo modo que tú. Pero tienes que desengafiarte: eso que llamas fanatismo no es tal, sino

inteligencia verdadera de lo que es catolicismo.

Eso de llamar fanáticos a los que cumplen con la Iglesia, es una gran necedad. Que lo hagan los impíos, se explica, porque ellos jamás comprenderán nada de todo esto, ya que han querido cerrar sus ojos a la luz.

Pero es soberanamente ridículo que tú digas que eres católico y repruebes lo que hacen otros obedeciendo a la Iglesia. Sin tocar otros puntos, en esa cuestión de los enfermos, ¿qué cristiano que conozca su religión, que tenga caridad y verdadera fe, no procurará con diligencia que mueran en gracia sus hermanos en la verdad? Nunca debemos llamar fanático al que no hace sino cumplir con la Iglesia y buscar en todo de complacer a Dios su Padre.

Ya se sabe que el mundo se va a reír de los buenos cristianos porque cumplen puntualmente sus obligaciones; pero ¿qué puede importarnos su necedad y su malicia?

Y es por el mundo, por lo que puede decir el mundo, que tú y otros hablan así, calificando de fanáticos a los católicos de verdad; yo no puedo felicitarte de que hayas bus-

cado de complacer a los que odian a Dios, con esa cobardía de tu fe que disimulas o quieres esconder con culpables complacencias. Tienes que saberlo de una vez: si hay alguien en el mundo que tiene derecho a contemplar la luz de frente, es el católico íntegro, el que cumple fielmente con la Iglesia; y mientras tú pagas ese tributo de transigencia con un mundo levantado contra Cristo, no eres más que una caricatura de católico, una sombra de cristiano.

¡Ojalá imites a esos que tú llamas fanáticos, ojalá confieses y comulgues sin miramientos humanos, y delante de todos, y con energía varonil confieses tu fe en Jesucristo y tu obediencia a la Iglesia Santa de Dios!

Mientras no hagas esto, vuelvo a repetirlo, serás una caricatura de católico y nada más, objeto de risa para los incrédulos y de compasión para los buenos. Sé el buen soldado de Jesucristo; el católico valeroso y decidido que reconoce en todas partes en Dios a su patria y en la Iglesia a su madre. Entonces te reconocerá como el varón bueno y sincero que ama a Dios con todo su corazón y sobre todas las cosas.

EL POR QUE DEL HABITO DE FUMAR

Si se le pregunta a cualquiera a qué se debe esa afición de los fumadores al tabaco, lo más probable es que conteste que la razón está en los efectos de la nicotina. Pero no son los efectos que por lo general se cree, sino otros de los que no se tenía la menor noticia, los que en realidad son responsables de ese hábito. Y no lo es tampoco el monóxido de carbono que se desprende del puro o de la pipa en combustión. Las investigaciones científicas que últimamente se han hecho demuestran que el verdadero «imán» del tabaco está en el azúcar que la nicotina produce en la sangre.

Tal cosa es lo que han descubrier-

to en una serie de experimentos los doctores H. W. Haggard y L. A. Gréemberg, de la Universidad de Yale, quienes han podido comprobar que el fumar hace que aumente la cantidad de azúcar que contiene la sangre, por medio del hígado y los músculos. Estos últimos no son precisamente depósitos de azúcar; pero sí de glicógeno, el cual se convierte en azúcar por cierta misteriosa acción química de las glándulas suprarrenales.

El aumento de azúcar de que se trata explica también el que el tabaco aminore el deseo de comer y explica, por último, esa sensación de placer que produce el tabaco.

SONETOS MISTICOS

A vos corriendo voy brazos sagrados,
En la Cruz sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estáis abiertos
Y para no castigarme estáis clavados.

A vos, ojos divinos eclipsados.
De tanta sangre y lágrimas cubiertos,
Que para perdonarme estáis despiertos
Y por no confundirme estáis cerrados.

A vos, clavados pies para no huirme,
A vos, cabeza baja, por llamarme;
A vos, sangre vertida para unirme;

A vos, costado abierto, quiero unirme;
A vos, clavos preciosos, quiero atarme
Con ligadura dulce, estable y firme.

JUAM MANUEL GARCIA Y TEJEDA

Yace vestido del humano velo
El Dios de los amores poderoso,
Y oculta en blando sueño y misterioso
La majestad que adora el alto cielo.

De inocente candor dulce modelo
Eres ¡oh tierno niño y amoroso!
Y al culpado, que el mar tempestuoso
Surcó de las pasiones, das consuelo.

La mano de una angélica hermosura
Copia la sacra imagen, trasladada
Del gran genio que el Tíber reverencia.

Y en la copia escribió la amistad pura:
«Alivio a la vejez desengañada,
Dado por la beldad y la inocencia».

ALBERTO LISTA Y ARAGON

Oración del Presidente Justo de la República Argentina

«Señor del Universo, Príncipe de cielos y tierra, escucha las preces que te reza el más humilde de los hijos de la Argentina, pero el primero en confesarte públicamente ante los hombres.

Por la niñez que te aclama con sus voces inocentes, por los soldados que te ruegan con sus ásperas voces, por la noche de Belén, por el vientre divino que te llevó, por la angustia y los sudores del Calvario, bendice a las madres argentinas que postradas hoy ante Ti, imploran a los soldados que juran fidelidad y al pueblo todo que te llama, te ruega y te implora. Gracias te doy porque nos concediste el alto beneficio de poseerte en estos días solemnes del Congreso Eucarístico y por los favores que nos otorgáis, Señor, sin merecerlo. Bendice a la Argentina y a los hermanos extranjeros que hoy nos visitan, hermanos nuestros en la fe.

Hacednos más nobles, más fuertes, y, sobre todo, más hermanos de nuestros hermanos.

He aquí postrado ante tu Divina presencia, al creyente sin fatigas. Que tu paz, oh Dios de Amor y de Justicia, reine eternamente en la humanidad que sufre por haber abandonado tu divina senda.

Señor Jesucristo: Desde las escuelas hasta los cuarteles, desde las pobres viviendas hasta las mansiones suntuosas, se eleva un grito de agradecimiento en tu honor. Tú que riges la marcha de las naciones y presides la sucesión de los siglos, bendice, Señor, a nuestra Patria y llévala de la mano».

Carta del Presidente Roosevelt a los Obispos católicos

El Arzobispo de California (Estados Unidos), Presidente que es de la Comisión Episcopal de la «National Catholic Welfare Conference», envió un mensaje al Presidente Roosevelt alabando el espíritu de más de uno de sus actos y resoluciones, y ofreciéndole las oraciones especiales y constantes de los Obispos, Clero y fieles para que Dios inspire la buena administración del Jefe del Estado.

El Presidente se apresuró a contestar al Prelado con una carta autógrafa en la que agradecía tanta bondad, y añadía:

«Sólo Dios sabe lo reconocido que lo estoy por la bondadosa comunicación de caridad de tantas oraciones. Más que nunca, en el momento trágico que el mundo atraviesa, el genio de los hombres no podría nada si no le iluminara la gracia y protección de Dios.

Espero poder ser útil a los ciudadanos de América, pero pongo mi confianza en Dios antes que en mí y en mis colaboradores.

La única Conferencia Internacional en que de antemano tendría yo grandes esperanzas, sería aquella en que los gobernantes se reuniesen para pedir oficialmente a Dios luces especiales para la resolución de las ingentes necesidades públicas, cuya falta de resolución o cuya mala resolución amenazan, no ya en un futuro lejano, sino en momento próximo, a la sociedad internacional».